

21/10.446



VIDA

NUEVA

DISCURSO

CARLOS REYLES

EST

A/19

109



VIDA NUEVA

Amigos y correligionarios:

El ansia de *otra cosa mejor*, que noto en los actos y palabras de ustedes, y el entusiasmo cívico de que hacen justo alarde, robustecen los deseos ardientes, imperiosos, absolutos, que abrigaba al decidirme á tomar parte activa en las luchas de mi partido, de combatir tenazmente por la causa del bien, que, á mi juicio, es la causa liberal con todas sus consecuencias y trascendencias.

Entiendo por causa liberal, no sólo la política del Partido Colorado, sino la alta y noble filosofía que liberta la criatura humana de la tiranía de los bajos instintos y torpes necesidades; la impulsa á moverse en una

esfera superior; la hace libre, voluntaria, responsable, y la convierte en una entidad moral, que acepta la vida como cosa trascendente, como cosa religiosa, como cosa santa, á la que todo hombre que merezca el nombre de tal, debe el sagrado sacrificio de su inteligencia, de su corazón ó de sus músculos.

Á ustedes, á los que tengan esa amplia concepción de nuestra causa y las nobles aspiraciones que ella engendra, y, en fin, á los que se sientan jóvenes, puros y viriles, van dirigidas mis palabras, porque todos, chicos ó grandes, ricos ó menesterosos, débiles ó fuertes, tienen un deber que cumplir y una tarea que desempeñar en el momento histórico que atravesamos.

En política, lo mismo que en moral, sólo los *indiferentes* son criminales. Peor ó mejor, más completa ó incompletamente cumplen su deber ciudadano y su destino de hombres, en primera línea los que, viviendo en las altas esferas de la religión, la filosofía ó el arte, iluminan la conciencia oscura de las multitudes; los que en una forma ú otra, trabajan por los intereses de la patria; los obreros de la riqueza particular y de la

riqueza pública; los que en política se dejan impeler por las pasiones generosas ó mezquinas, por el cálculo ó la ambición, y hasta los que explotan aquélla como un oficio lucrativo, todos tienen su objeto, á veces claro y positivo, otras veces confuso y por reacción; sólo los indiferentes por temperamento ó por raciocinio, los que no sienten, ni piensan, ni obran y se limitan á adorar los ídolos bárbaros del Placer ó de la Pereza, son los únicos que merecen la reprobación general, porque su vida estéril, árida y vana, no contribuye ni negativa ni positivamente, al flujo y reflujo del pensamiento, que origina y agranda con mil fuerzas la colosal marea del destino humano.

El indiferentismo es una contradicción tan grande como la del escepticismo dogmático. Ó el hombre opta por el nirvana y se suicida, como quiere el filósofo alemán, ó acepta la existencia y con ella las leyes del progreso que la determinan. Vivir es progresar, vivir es perfeccionarse consciente ó inconscientemente, y cuanto más se perfeccione la criatura y más lo haga con plena conciencia de lo que hace, más se eleva, más se ennoblece, más alcanza las altas regiones de

la vida superior, y más posee la vida, aspirando el espíritu del mundo por todos los poros del alma.

En todas partes, desde épocas remotas, los profetas, los filósofos, los artistas, los divinos pastores del rebaño del Señor, han trabajado el cuarzo duro de la inteligencia para extraer, con sudores y dolores sin cuento, las partículas del oro vital, que es la verdad bajo todas sus formas. Esas partículas inestimables, como un elixir maravilloso, alimentan y sostienen á la humanidad en su marcha triunfante. Nosotros no tenemos, desgraciadamente, profetas *nuestros* que nos iluminen, filósofos que nos enseñen, grandes poetas que nos digan por medio de la belleza, la última palabra sobre las cosas; sus voces inspiradas nos llegan como ecos lejanos, confundidos entre los rumores del mar...

Debemos, pues, ser nuestros propios maestros, y nuestra obra será grande ó pequeña, *según sea pequeña ó grande nuestra concepción de la vida.*

Por eso, el tiempo que corre es una hora solemne para la juventud pronta á entrar en las lides políticas; por eso, antes de recibir el bautismo de sangre, importa conocer los

valores morales que enriquecen nuestra conciencia, las ideas superiores que robustecen nuestro espíritu, los sentimientos fuertes y fecundos de que somos capaces, porque esos sentimientos fecundos y fuertes, superiores ideas y morales valores, son nuestro único capital, y asegurarle y agrandarlo es agigantar nuestras fuerzas y asentar sobre cimientos de granito, no sólo nuestro porvenir, que es, en cierto modo, una cosa chica, sino el porvenir de la patria, que es, de todos modos, una cosa grande.

Hasta el presente, poco han tenido que hacer en la vida pública los hombres de pensamiento. Tuvimos pensamiento cuando realizamos los grandes hechos de nuestra historia, pero después, en general, las ideas y las grandes expansiones del alma fueron desterradas de la política, y empleamos los medios comunes de las naciones sin ideales y de los organismos enfermos: las intrigas de gabinete, las triquiñuelas de los estadistas y las bayonetas de los soldados, armas con las cuales se abrían paso hasta el corazón del pueblo, los intereses de círculos y las ambicioncillas personales, un ridículo y vano ajeteo de hormigas, que deja-

ba indiferentes ó condenaba al ostracismo, cuando no á la roca Tarpeya, á los hombres puros, á los elementos sanos, y sobre todo, á la juventud ilustrada, insensible, por su misma juventud é ilustración, á las seducciones del interés y á las groseras voluptuosidades de los bajos apetitos.

He ahí la razón única de nuestra pasada apatía é indiferencia políticas.

Hoy es otra cosa. El ambiente está cargado de poderosas, aunque oscuras aspiraciones, que urge aclarar y dirigir; en el fondo, bajo engañosas apariencias bélicas, un deseo imperioso de paz, de trabajo y de prosperidad, se revuelve en los corazones de todos como un fruto de bendición en el vientre de la madre; ambiciones generosas, anhelos ideales, ansias de regeneración, trabajan sordamente las conciencias y preparan el advenimiento de algo grande, acaso de una vida nueva; y hasta el movimiento entusiasta de la juventud da claros indicios de que ha sonado la hora de los nobles esfuerzos y de ensayar la alta política, la política educadora, la verdadera política, que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso y todas las prerrogativas de la civilización.

Á esta obra larga y dura debemos dirigir especialmente nuestros esfuerzos, porque es la más grande, porque es la más noble, porque es la más difícil, y la que reclama con mayor imperio las ricas energías y el desinterés de que la juventud es opulenta y única señora.

Corramos á formar en la vanguardia.

Nuestros años, la ilustración de que hacemos alarde y las gloriosas tradiciones del partido á que pertenecemos, nos obligan categóricamente á pensar con altura, á ir más lejos que los que sienten el reuma de los años y los desengaños, á acariciar las aspiraciones que otros miran como sueños y utopías, é intentar lo que reclama doble inteligencia y mayor grandeza de alma, para ser, lo que debemos ser, los caballeros del ideal del Partido Colorado.

Y si no somos eso, no seremos absolutamente nada.

El prestigio de la juventud crecerá en razón directa de la cantidad de ideas superiores que se agiten en su seno; su poder no puede ser otro que el que le comuniquen su independencia, su entusiasmo y su mentalidad, y la obra á que esa juventud dé cúpula

y remate, será fecunda, hermosa y duradera, según sean los principios que la nutran, porque los principios son á los hombres lo que las raíces á los árboles; sin raíces, caen éstos cuando los embiste el pampero; sin principios, caen los hombres cuando los sacuden los vendavales de la existencia.

Lo repito: nuestra obra será grande ó pequeña, según sea grande ó pequeña nuestra concepción de la vida. Dilatémosla, ennoblezcámosla por medio de una continua y obstinada cultura, y todos necesariamente, por la fuerza de las cosas, convergeremos á practicar la política de educación, de regeneración, de idealización, que es absolutamente necesaria á nuestro país para romper la dura cáscara de las antiguas rutinas, de las prácticas macarrónicas, de las preocupaciones *sanchopanzescas*, y permitir que la rica pepita de nuestra vitalidad germine al contacto de aquellas tierras fecundas y dé todos sus frutos materiales y morales, como una rosa recién abierta en el jardín sus colores y sus aromas.

Yo sé que la mayoría de los hombres de estado y de los *practicones* de la cosa pública se burlan de esa política superior; pero

esos no son políticos, ni hombres de pensamiento, ni hombres de acción, sino *sofistas y sopistas*, y de ellos nada tiene que esperar ni que aprender la juventud colorada. La obra de ésta sería ridícula si se detuviese y gastase en politiquesos superficiales, en las intrigas de los círculos y mandarines, en escaramuzas mezquinas, sin trascendencia ni valor moral alguno. Esos politiquesos, escaramuzas é intrigas corrompen, ocultan siempre lo verdadero y enseñan á obrar como esclavos: por irritación, por vanidad, ó por móviles inferiores á los seres que una cultura esmerada debía libertar de los instintos ciegos y de las impulsiones primitivas, que descubren en los hombres libres de hoy á los hombres bárbaros de ayer.

Nosotros debemos arar hondo, por la sencilla y concluyente razón de que podemos hacerlo. Arando hondo en la tierra jamás ingrata de la idea y del sentimiento, yendo á la médula de las cosas, sin prestar atención á las vanas apariencias, y avanzando, no *contra* los hombres dirigentes, pero sí adelante de ellos, es como robusteceremos nuestra causa, afirmando su imperio, hoy va-



porque no enriquecen la sangre del viejo organismo partidario los glóbulos rojos de los ideales que siempre tuvo, cuando realizó la nueva epopeya troyana y otros grandes hechos de su historia.

Á nosotros nos corresponde inocularle esa sangre rica. Aceptemos nuestro deber con orgullo, porque es una misión que nos honra, y encojámonos de hombros delante de los incrédulos, de los torpes materialistas y de las gentes de vuelo gálináceo, las cuales no pueden comprender que haya quienes, entre la seductora Afrodita y la grave Palas, elija, como Hércules, á la diosa del rostro severo.

Si tener ideas en la mente, generosos sentimientos en el corazón y principios sólidos en la conciencia es ser idealistas, románticos, platónicos y hasta líricos, seámoslo en buena hora, que lo seremos en la buena compañía de las más grandes inteligencias y de las más bellas almas de que se enorgullece el mundo. Idealistas son todos los que han transformado las sociedades, desde Moisés hasta Platón, desde Cristo hasta el autor del «Contrato Social». Las grandes revoluciones como las grandes revelaciones, no sa-

lieron jamás de los ministerios, ni de las esferas oficiales, sino de las boardillas de los pensadores y de los poetas, y basta citar el nombre de algunos de aquellos que los espíritus positivos llaman visionarios, para convencerse de que el mundo es cosa suya, y que todo grande sacudimiento de la historia responde á la mar de fondo, á las corrientes ocultas, al alma dispersa entre las multitudes de uno de esos dementes sublimes que se llaman Pedro el Ermitaño, Lutero, Colón ó Juan Jacobo Rousseau, descubridores de continentes nuevos para la tierra y de tierras prometidas y nuevos mundos para el alma.

Los dos hechos más grandes y trascendentales de los tiempos modernos, la Revolución francesa, que cambió el espíritu y el mapa de las naciones, y la formación del Imperio alemán, son la obra de filósofos y pedagogos, y sin atravesar los mares, ni buscar en pueblos lejanos los ejemplos elocuentes que nos brinda nuestra propia historia, puedo aseverar, sin temor de equivocarme, que Artigas y nuestros soldados de la Independencia fueron también visionarios é idealistas: la libertad fué la señora de sus pen-

samientos, amaron ardientemente una idea-fuerza, y esa idea infló sus músculos, les permitió hacer obra de varones y los convirtió en héroes legendarios, dignos de ser cantados en estrofas inmortales por el Ciego Divino.

Y si treinta y tres hombres por el amor de una idea nos legaron una patria libre, á nosotros, que somos más de treinta y tres y tenemos más años por delante que ellos tuvieron, nos sería factible ennoblecer aquella patria con que sólo nos propusiéramos valientemente tan noble aspiración, porque ya es cosa olvidada, de puro sabida, que se logra todo lo que se quiere, con tal de querer con fuerza, y de que el mundo es el patrimonio exclusivo de los que tienen el valor de apropiárselo.

Tenemos mucho que demoler, mucho que edificar, muchas ideas que combatir y muchas que poner en circulación para darle impulso á nuestra vida parasitaria y agitarnos en el ambiente de progreso y modernidad en que viven otras naciones, más ricas sobre todo por la cultura de espíritu, más felices porque gozan las alegrías del trabajo, y doblemente libres porque entienden la exis-

tencia de un modo más amplio é inteligente.

Sí, hace falta que avancemos con la piqueta demoledora en una mano y en la otra la simiente del sembrador, para destruir sin piedad lo que daña: los odios y prejuicios tradicionales, la concupiscencia política, el apocamiento de los pobres de espíritu, la sordidez del corazón, males que empobrecen y embrutecen; y al propio tiempo, sembrar con gesto religioso las semillas fecundas del amor al trabajo, del esfuerzo y la iniciativa particulares, del culto de la patria, de la cultura del espíritu, de la religión del alma: virtudes que tonifican el organismo de los pueblos y les prestan energías para realizar las ascensiones más intrépidas de la acción y del pensamiento.

Que otros, los que quieren medrar particularmente, se entretengan y malgasten en los politiqueros epidérmicos y en los juegos malabares, no siempre limpios, de la técnica política; nosotros debemos ir al fondo de las cosas, y paciente y concienzudamente estudiar los fenómenos en su esencia, en su razón oculta, á fin de conocer el daño, y luego aplicarle los medicamentos que aconseje la terapéutica social. Los males políticos son

sólo síntomas de enfermedades morales, y bien torpes son los médicos del Estado que se apresuran á atacar aquéllos sin pensar en éstas. Casi siempre las aspiraciones inferiores de los ciudadanos y la chatura mental del pueblo tienen por causa, no la perversión ni la ininteligencia de los hombres, sino la falta de circulación de ideas y sentimientos que eduquen y eleven, que arrastren y hagan prosélitos por la fuerza viva de su propia virtuosidad.

Cuando no se sienten ciertas necesidades espirituales, no se piensa en ciertos adelantos, progresos y conquistas de las civilizaciones adelantadas, y predicarlos es predicar en desierto y machacar en hierro frío. Lo que procede es crear esas necesidades, haciendo que circulen las ideas que las provocan y determinan.

Aunque sea doloroso, es necesario decirlo: somos una nación de vitalidad pobre, no por razones políticas, sino porque somos un pueblo sin alma, es decir, un pueblo cuyas aspiraciones no van lejos porque *anímicamente* no vive ó vive de prestado, sin ideas propias, sin sentimientos propios, sin cultura ni civilización original y castiza. Casi

todo lo que sentimos y pensamos son baratijas sociológicas importadas, cosas prendidas con alfileres, floraciones emotivas que no brotan de nuestras entrañas, que no tienen raíces en nuestro organismo.

Y lo que es vital, nace siempre del corazón de los pueblos. De ahí que nuestra existencia sea epidérmica, vana, y no elabore ningún producto moral y trascendente. Para que sucediera lo contrario, se necesitaría que viviésemos una vida profunda, robustecedora de las energías y potencias que nos caracterizarían como pueblo, si se convirtieran en actos, en voliciones, pero que hoy por hoy se revuelven como larvas de oscuros instintos en las profundidades de lo *Inconsciente*, sin acertar á transformarse en esa fuerza psíquica prodigiosa que engendra deseos extraordinarios, pasiones soberbias, vitalidades opulentas, bajo el nombre milagroso de alma nacional.

Y esas fuerzas psíquicas deben ser desarrolladas por ustedes, amigos y correligionarios, porque entre ustedes viven como en un templo las tres Gracias de todas las épocas: la Juventud, la Inteligencia, la Voluntad, y con estas tres deidades por diosas pro-

ectoras, es factible la realización de todas las esperanzas, el logro de todos los ideales y la conquista de todos los mundos.

El club que vamos á fundar, si se conserva independiente y unido, y dirige sus esfuerzos ordenados á enriquecer la conciencia y el cerebro de la nación con las ideas y valores morales de las grandes civilizaciones, representará para nuestra patria lo que la obra de Fichte y los maestros alemanes para el gran Imperio de Guillermo II.

Tarea ruda, pero tarea grande y gloriosa que cautivará á la juventud, y, sobre todo, á la juventud colorada, si ésta viste realmente la toga viril y no olvida que su partido es el partido liberal y, por consiguiente, un partido de progreso, de empresa y de optimismos generosos, ó, lo que es idéntico, un partido creador de la vida.

Sin lucha no se consigue nada, y la juventud va á demostrar por la magnitud de sus esfuerzos, lo que es y lo que la patria puede esperar de ella.

Dos caminos se nos ofrecen á los ojos: el de la vida fácil y el de la vida grave y esforzada. El primero es suave, descendente, y serpentea voluptuoso por entre bosques

de sabrosas frutas, vegas floridas y valles encantados, donde se oyen la flauta de Pan y los gritos lascivos de los faunos y las ninfas. El que avanza por él siente todas las embriagueces de los sentidos, bebe ansioso el aire puro de las verdes praderas y se baña en la luz radiosa de un sol meridional; pero pronto deja de sonreír, los frutos que tiene al alcance de la mano, empiezan á parecerle empalagosos, los valles mustios, las vegas achicharradas por inclementes ardores, y avanza cada vez por sitios más tristes y desencantados, hasta llegar á un desierto sin límites que se llama el Fastidio, donde mueren de sed de idealidad los inútiles, los frívolos, los débiles, los voluptuosos y todos los que experimentan el amargo disgusto de sí mismos, que, á la larga ó á la corta, engendra siempre la vida gastada inútilmente, la existencia infecunda de los pobres de espíritu.

El segundo es áspero, sube siempre por entre rocas abruptas y agrias laderas; pero el ejercicio fortifica los músculos, el hábito del peligro desarrolla el valor, y pronto el osado caminante avanza sin cansancio y sin miedo, gozando la dicha de desplegar sus

energías y sentir que su alma, por el esfuerzo, se apodera de todo lo creado y exprime el jugo de todas las realidades.

La tierra es fecundada por su pie intrépido; detrás de sí deja, como señales de su paso, la senda que ha abierto en la roca dura y que pronto se convierte en espacioso camino, en una arteria de la vida universal. Y sube siempre, descubriendo cada vez más amplios horizontes, lejanías más espléndidas, celajes verdaderamente maravillosos. Entonces el viajero, con ojo de águila, abarca el mundo y se reconoce dueño de él: es un vencedor. Cuando muere, lo hace con la sonrisa en los labios, porque sabe que ha vivido y que no perecen del todo los que han labrado su surco y sembrado su simiente.

Uno es el camino de la Vida, el otro el de la Muerte, y entre la Muerte y la Vida la elección no puede ser dudosa para la juventud: la juventud, si no se traiciona, optará por la Vida.

He dicho.

